

jeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo, y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor Don Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote, que según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced, y vistase á sus solas, y á su modo, cómo y cuándo quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra.

Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un



desco de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo Don Quijote:

—Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no era de haber ninguna que sea mala; y más venturosa y más conocida será en el mundo de Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar; venga vuesa merced, y acostarse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algún molimiento.

—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambuno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más.

—A eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que había hecho á la Trifaldí y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que más le traía desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha.

De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la duquesa, y en cenando, Don Quijote se retiró á su aposento, solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros.

Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de

su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afigióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde porque las medias eran verdes.

—Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡Oh, pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos:

Tened todas las cosas como si no las tuviédes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo,) ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantaflo á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio?

¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre

escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquél, digo, que tiene la honra espartadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago.

Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez.

Mató las velas, hacía calor, y no podía dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardín: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oír estas razones:

—No me porfies, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo; y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta por oírle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnecida.

—No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría

la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto; canta, lastimada mía, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió Altisidora, sino que no querría que mi canto descubriese mi corazón y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas del amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara, que mancha en corazón; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente.

Oyendo lo cual quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvarimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído.

Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba del enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiése, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recordada, pues, y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

Oh tú, que estás en tu lecho
entre sábanas de holandá,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;

caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia:

oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia,
ó en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
¿si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro la adornan franjas.

¡Oh quién se viera en tus brazos,
ó si no, junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera tocarte,
que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holandá!

¡qué de finisimas perlas,

cada cual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manhego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos como lirios,
que en pie por el suelo arrastran;

y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
son mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que á la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mías,
son despojos de tu aljaba:
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal referida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quijote, el cual dando un gran suspiro, dijo entre sí:

—Que tengo de ser tan desdichado adelante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tengá de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿á qué la perseguís, emperatrices? ¿para qué la acosáis, doncellas de á catorce á quince años?

Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendir mi corazón y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo, lloré ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearón en el castillo del moro encantado que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con todo esto cerró de golpe la ventana, y despeñado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

